

MANUEL MARIA DE ARJONA, UN CLERIGO POSIBILISTA

LUIS PALACIOS BAÑUELOS
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

Afrancesado, masón, jansenista, apóstata... son algunos de los adjetivos que han acompañado el nombre de Manuel M^a. de Arjona. Pero ¿quién fue de verdad este hombre? De él sabemos que fue poeta de fácil y espontánea inspiración, canónigo penitenciario, fundador de la Real Academia de Córdoba... Para dar luz sobre su vida y su obra disponemos del libro de Juan Naveros (1).

El personaje bien merece un estudio. Arjona es un clérigo ilustrado que para entenderlo hay que situarlo en su época. Vive de lleno las peripecias políticas y religiosas de aquella España que se despoja del Antiguo Régimen y entra en el Nuevo (2). Son los años de la Ilustración, de las nuevas "luces", de unas ideas que, irradiadas por Francia, inundan toda Europa. Ideas que hablan de igualdad, de libertad, de sufragio, de Constitución, de soberanía nacional... Y él, a través de tertulias, de escritos, de instituciones que da vida, de su oratoria, pone su miras en un futuro mejor para España. Con las contradicciones propias de una época por si contradictoria.

Su biografía se encierra entre 1771, cuando nace en Osuna, y 1820 en que muere en Madrid. Los escenarios de su vida además de estas dos ciudades son Sevilla, donde se ordena sacerdote en 1795 y Córdoba en cuya Catedral gana por oposición la plaza de penitenciario cuanto tiene 31 años. Pero su peripecia vital, a pesar de no alcanzar el medio siglo, es rica e intensa. Su actitud constante, que conecta con las corrientes de su época, es la de un reformista ilustrado. Ve como algo necesario romper con una España caduca. Lo escribe a los 18 años: "De densa y oscura niebla/ cubre a España infausto cetro". Las tertulias que pone en marcha en Sevilla eran focos para conversar sobre las noticias que llegaban de Francia o leer el último libro aparecido en París (3). Allí congregó a Blanco White, Alberto Lista, Reinoso... Y en Madrid formaba parte de la tertulia de Quintana, en la que se defendían posturas liberales en política y religión,

(1) NAVEROS, J.: *El fundador de la Real Academia de Córdoba. D. Manuel María de Arjona y Cubas (1771-1820)*. Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba. 1991. 234 p.

(2) Una puesta al día sobre las repercusiones de la Revolución Francesa en España y la bibliografía producida; AYMES, Jean-René: "España y la revolución francesa: ensayo de bibliografía crítica", en *España y la Revolución Francesa*, coordinado por el propio Aymes, Ed. Crítica, Barcelona, 1989.

(3) Es necesario situar a Arjona en su contexto. Son años de euforia de las ideas revolucionarias que a duras penas llegan a España. Para un acercamiento al ambiente intelectual que se vivía pueden consultarse los libros dedicados a Santiváñez (de Manuel Núñez de Arenas), Llorente (de Gerad Dufour), Guzmán (de Oliver) o el más reciente e importante dedicado a José Marchena por Juan Francisco Fuentes. Con un plateamiento más general: DOMERGUE, L.: *Le livre en Espagne au temps de la Révolution française*. P.U. de Lyon, 1984.

al lado de Nicasio Gallego, Jerónimo de la Escosura, Arriaza y, por supuesto, su inseparable Blanco. Como buen ilustrado piensa que es a través de la educación como se deberán llevar a cabo cambios importantes en el país y le vemos participando en Madrid con Blanco en el Instituto Pestalozziano o articulando en Córdoba la reforma y los planes de estudio del Colegio de Cirugía.

Si hay una necesidad constante en su vida es la de ir con frecuencia a Madrid a "oxigenarse". El ambiente, dice Naveros, casi irrespirable del fanatismo, ignorancia y conformismo se había adueñado de Córdoba. Y Arjona lo combate con sus viajes al "Madrid necesario", donde "las costumbres están de modo que sólo puede ser uno libre envuelto en la grande confusión".

Su afán reformista le lleva a crear numerosas instituciones culturales. Baste para valorar esta faceta importante la relación de sociedades por él impulsadas: Academia Silé (1788), Horaciana (1789), Tertulias diversas, Academia de Letras Humanas, Academia de H^a Eclesiástica, De Cánones, Academia de Córdoba (1810)... Quiso que fueran núcleos de inquietud intelectual donde brillara la ilustración, el trabajo y la tolerancia.

Pero de Arjona no puede olvidarse su condición de clérigo. Su faceta religiosa llama muy pronta la atención de Blanco White: "había algo, dice, en la religiosidad de Arjona que me atraía particularmente y era que nunca estaba triste". Recién ordenado sacerdote acompañó en 1797 al arzobispo Despuig en un viaje a Roma que le dejó vivos recuerdos. Desde 1801 es canónigo penitenciario, lo que le proporciona buenos ingresos pues la canonjía llevaba adcrita las rentas de algunos cortijos y propiedades rústicas y urbanas, que suponían unos 70.000 reales.

Además de los muchos e importantes informes que Arjona elaboró para el Cabildo cordobés, fue importante su actividad benéfica en los hospitales que realizó durante la ocupación francesa pues "a favor de la humanidad, y más de la humanidad doliente se debe trabajar baxo todo gobierno".

La gran duda que ha pesado sobre Arjona es si fue patriota o afrancesado. ¿Qué nos dicen los hechos?: Que a la llegada de los franceses espera poco de ellos pues los había visto actuar en Italia "desolando aquellos hermosos países baxo los especiosos nombres de protección y de hermandad". Que canta el éxito de Bailén diciendo a Castaños: "Domarás al francés; será su gloria/ que tu le venzas, Español.../". Que la presencia de los franceses en Andalucía le dejó "atónito y espantado" pues vio "disueltas así en humo todas nuestras esperanzas, se cubrió el Oriente de una espesa niebla y un mundo de terror era el elemento en que todos nadábamos" (4). Sigue diciéndonos la historia que por decisión del Cabildo él es el encargado de hacer "las visitas de fórmula a Josef, a sus generales y demás". Que conscientemente decide, y así lo deja escrito, aprovechar que era conocido por miembros destacados de la comitiva real como Meléndez Valdés o Marchena, para "aprovecharse en beneficio de mis conciudadanos de este buen concepto que de mi se hacía".

El problema mayor y la acusación que contra él caerá esta en la Oda -no olvidemos que era poeta reconocido y valorado- que compone en 1810 en honor de José Bonaparte al que llama "delicia de la España" y dice así:

(4) Este ambiente en Córdoba a la llegada de los franceses puede verse en: PALACIOS BAÑUELOS, L.: *Andalucía y Córdoba: secuencias de su historia*. Córdoba, Diputación Provincial, 1991, pp. 92-105. También en PONSONT, P.: "Les françaises à Cordoue en 1791-1793", *Málanges de la Casa de Velázquez*, Madrid, Vo, XV, 1979.

“De rosas y de mirtos coronadas
 Canten del Betis las festivas Drías
 Al sol benigno, que de luces pías
 Viene a dorar sus márgenes sagradas:
 Sol de más dulce encanto
 Que al que de luz fulgente
 Visten las bellas Horas aureo manto,
 Y al grato rayo de su ardor clemente.
 La hermosa turba en danzas estendida.
 Nuevo amor las inflame y nueva vida”.

“Febo de luz más pródigo le baña:
 Vos dadle luz amor más escendida,
 Que él Señor delicia de la vida,
 Como vos sois delicia de la España;
 Ni recuerda memorias
 Más de Minerva o Marte,
 Que despreciando sus antiguas glorias,
 Ya su gloria mayor pone en amarte:
 Gozad, gozad su amor eternamente,
 Orne su verde oliva vuestra frente”.

Al defenderse de la acusación de afrancesado él explica que se vio obligado a hacerlo -si bien se lo encargó y redactó Marchena-para contrarrestar las Odas que había dedicado a Carlos IV en su visita a las Andalucías y a los vencedores de Bailén. Pero hay más, en 1811 dedica una sesión de elogio a José I en la Sociedad Patriótica con lo cual, dice, evitó el cierre de varias instituciones.

Para entender esta compleja situación hay que trasladarse a la Córdoba de aquellos años -puede verse el capítulo que dedico en mi “Hª Contemporánea de Córdoba”- y ver la actitud general de Córdoba y en concreto de la Iglesia ante los franceses y recordar, por ejemplo, que el Obispo Trevilla había escrito a sus fieles que “es un deber de conciencia a que nos obliga la religión obedecer al rey... y debemos alabar a Dios por habernos dado un Rey, cual es el Señor D. José Napoleón...” (5).

Pienso que Arjona optó por ser posibilista y pensó que se podía lograr más sin oponerse frontalmente a los franceses. ¿Cómo se era más útil a la patria en aquellos momentos? Un afrancesado, el canónigo Llorente, contesta “¿el que residía en Cádiz inútilmente o el que suavizaba los males de una guerra de que no era causa?”. Qué duda cabe que hubo afrancesados que pensaron honestamente que su opción era la que más convenía al país pero a su lado aparecieron aprovechados, oportunistas o simplemente colaboracionistas ocasionales como Arjona (6). Porque es cierto que, como

(5) Sobre la Guerra de la Independencia y su devenir en Córdoba: PALACIOS BAÑUELOS: *Historia de Córdoba. La etapa contemporánea (1808-1936)*. Córdoba, Cajasur, 1990.

(6) Afrancesamiento y antiafrancesamiento son dos actitudes que a lo largo de todo el proceso revolucionario, y desde su gestación, pueden ir sucediéndose en la misma persona. La Revolución Francesa no es un todo sino que hay que analizarla por fases y la situación de los contemporáneos ante ellas les hizo variar. Pero es que además el hecho de la invasión de España llevó en muchos casos a posturas claramente antiafrancesas. Como pone de relieve Aymes “quiero sugerir el interés y la dificultad que entraña el estudio diacrónico del paso, ruptura o continuidad, de una Ilustración más o menos afrancesada, sea a un antiafrancesamiento circunstancial provocado por el espectáculo espantoso de los excesos revolucionarios, sea, en unos poquísimos casos, a un afrancesamiento mantenido a pesar de esos lamentables excesos, pero a la luz de unas admirables conquistas revolucionarias...” (o.c.p. 57).

destaca en su defensa, lo hizo obligado moralmente por la situación pero no lo es menos que a nivel social y popular debió interpretarse su actitud de manera dudosa. No olvidemos que existió una masa importante del clero que llevó a cabo una gran actividad patriótica.

Y no olvidemos, sobre todo, que la influencia del clero se desarrollaba a varios niveles: sobre las masas por medio de sermones y celebraciones patriótico-religiosas; sobre cada individuo en los confesionarios y sobre los responsables políticos a través de consejos y ayudas concretas. Sin duda, la Iglesia y el clero se presentan en aquellos momentos como un ejemplo a seguir frente al francés ante la nueva situación y su predicación, su contribución económica, las fiestas religiosas, las cartas pastorales, etc. son medios de gran alcance en aquellos momentos y ante un pueblo mayoritariamente creyente (7).

¿Patriota o afrancesado? Pienso que Arjona conectaba con muchas de las nuevas ideas que venían de Francia pero desde su incuestionable españolismo. Optó por ser posibilista, postura que si es la más inteligente, conveniente y adecuada no era, tal vez, la más clara moralmente. En cualquier caso hay que destacar que es un canónigo que gusta de estar cercano al poder, o mejor, a los vencedores, tal vez para si actuar mejor, pero cercano a los que mandan. Su producción así no los indica: escribe sucesivamente Odas a Carlos IV, al Príncipe de la Paz, al General Castaños, a José Napoleón I -que le otorgó la Orden Real de España- Oda al Rey Nuestro Señor (Fernando VII)...

Esto y mucho más es el penitenciario Arjona, hijo de su época, ilustrado poeta y posibilista.

(7) Al tratarse Arjona de un canónigo resulta de un interés grande profundizar en el comportamiento de la Iglesia ante el hecho de la revolución así como los clérigos y obispos. En este sentido es de interés, porque nos pone de manifiesto la necesidad de llevar a cabo un estudio de profundidad del Obispo Trevilla, el trabajo MAURI VILLANUEVA, R.: *Ideología y comportamiento del obispo Menéndez de Lúcar (1784-1819)*. Santander, 1984. Para el contexto de la Iglesia española son necesarias las obras de Cuenca (*Iglesia y burguesía en la España liberal*. Madrid, 1979; *Sociedad y clero en la España de XIX*, Córdoba, 1980. etc), de Martí Gilabert (*La Iglesia Española durante la Revolución Francesa*, Pamplona, 1971) y Alvarez de Morales (*Inquisición e Ilustración*. Madrid, 1982).